

PENSAR EN LENGUAS

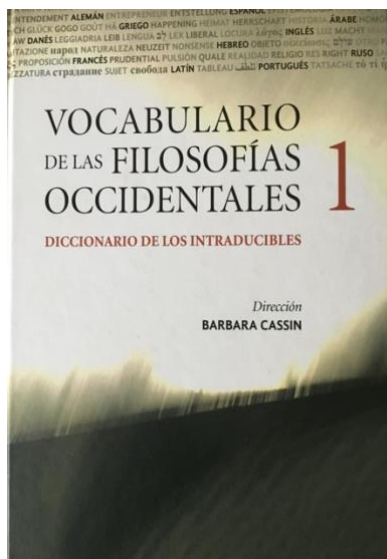
A PROPÓSITO DEL VOCABULARIO DE FILOSOFÍAS OCCIDENTALES. DICCIONARIO DE INTRADUCIBLES

José Assandri

Contaba María Elena Walsh que, en una oportunidad, luego de subirse a un taxi, el chofer no le preguntó dónde quería ir, sino que le dijo que hacía veinte años tenía una pregunta para hacerle, y que era sobre la famosa tortuga Manuelita. Walsh, que fue siempre una amante de los diccionarios, le escuchó preguntar qué quería decir “malaquita”¹. Veinte años con una pregunta que, sin lugar a dudas, si el buen taxista hubiera dejado estacionado su coche unos minutos frente a una librería, habría resuelto el enigma con sólo consultar un diccionario. Ni siquiera tendría que haberlo comprado, bastaba hojearlo. ¿Por qué habrá esperado tanto para preguntárselo a la misma poeta y cantante?, ¿qué fantasías se habría hecho este buen señor?, ¿qué entendía cuando escuchaba o cantaba esa canción? (¿mala?, ¿quita?) Para la vida, en sus coordenadas callejeras básicas, incluso ante la necesidad de algún requiebro amoroso, no son necesarios los diccionarios, se pueden recordar otras canciones, o basta con recurrir a frases de uso automático. No sólo los diccionarios pueden responder preguntas, pero es justo reconocerlo, los diccionarios son libros problemáticos. Tal vez su argumento, alfabético, no sea muy atractivo, al menos para personas funcionalmente alfabetizadas. O tal vez, encontrarse que las palabras no tienen sólo un sentido intranquiliza más de la cuenta. Otros, que tenemos tratos diferentes con los diccionarios, posiblemente porque amamos la poesía, la narrativa, el pensamiento, o tal vez porque tenemos la ilusión de que un mayor conocimiento del lenguaje y sus usos podría dejarnos al final de la cadena alimenticia de la Parca, fantaseamos que es posible negociar con ella, aunque sepamos que ni la enfermedad ni la casualidad consultan el calendario.

Es posible que la mayoría piense que los diccionarios se han vuelto tan inútiles como las guías telefónicas. ¿Ese pequeño monstruo cibernético que tenemos todo el tiempo entre las manos habrá vuelto innecesarios los tradicionales diccionarios?, ¿qué tal Wiki?, ¿no alcanza con la cantidad de entradas que ofrece y la potencialidad de seguir creciendo y perfeccionándose acumulativamente? Ni qué decir sobre las posibilidades que en cada una de las entradas pueden abrirse y permitirnos acceder a otros conceptos, ideas, cifras, imágenes... esa combinación de *hardware* y *software* parece más que suficiente para manejarse, en la ciudad o en la vida. Que a alguien se le haya ocurrido un nuevo diccionario, y no de palabras ni de cosas curiosas, sino de filosofía, puede llamar la atención.

¹ La canción de María Elena Walsh, “Manuelita la tortuga”, dice en unos versos: “Manuelita dónde vas/con tu verde malaquita/y tu paso tan audaz”.



Vocabulario de las filosofías occidentales. Diccionario de los intraducibles.

En pleno siglo XXI, un *Vocabulario de las filosofías occidentales*, podría hacer creer que simplemente es una versión actualizada de otros diccionarios filosóficos, uno más entre muchos de rancia estirpe y consagrados. Sin embargo, un subtítulo, en letra más pequeña, acompaña al primero: *Diccionario de los intraducibles*. Esta doble nominación para un mismo libro ya genera una alerta. Se trata de una obra colectiva, ideada y coordinada por la filóloga y filósofa francesa Barbara Cassin.

Instrucciones de uso

Las instrucciones de uso de un diccionario no son algo que provoque mucho interés, siendo un diccionario, con la arbitraria serie de las letras que memorizamos en la infancia debiera alcanzar. En este caso, sin embargo, el modo de empleo es necesario para su uso y también es un buen modo para captar en qué consiste el proyecto. Hay tres tipos de entradas: “Algunas entradas parten de una sola palabra en una sola lengua, palabra ‘intraducible’ reveladora de una constelación dada en el tiempo o en el espacio, como por ejemplo LEGGIARDA, que expresa en primer lugar la gracia de las mujeres en el Renacimiento italiano y evoca en nosotros la sonrisa de la Gioconda, o MIR, que designa en ruso la paz, el mundo y la comunidad rural. Otras presentan una o varias redes con la finalidad de desprender sus singularidades, por ejemplo [...] en SENTIDO se tratan todos los sentidos de *sens*, desde su madeja latina (el unificador *sensus*, que traduce el griego *nous*, literalmente ‘olfato, intuición’, pero que también remite al significado de una palabra o de un texto) hasta el embrollo germano-inglés derivado de *Sinn*, *Bedeutung*, *meaning*, *sense*, complicado gracias a las traducciones francesas *dénotation* y *référance*” (1). Pero también (2): “Algunas entradas más generales, una especie de metaentradas, examinan el funcionamiento de alguna lengua en conjunto a partir de una característica determinante: por ejemplo, la diferencia entre *ser/estar* en el español filosófico (entrada ESPAÑOL) o la disglotia en ruso (RUSO). Algunas examinan un gran problema, como el orden de las palabras (ORDEN DE LAS PALABRAS) o la forma de hablar del tiempo y del aspecto (ASPECTO), sumergido en las diferentes lenguas.” Finalmente, (3) “las entradas direccionales, no firmadas, se

incluyen como guía de lectura. Orientan hacia las entradas pertinentes en lenguas extranjeras (MUNDO y PAZ dan acceso al ruso MIR; MALESTAR a las formas singulares de designar el disfuncionamiento alma-cuerpo y su implicación existencial: ACEDÍA, DESENGAÑO, DOR, MELANCOLÍA, SAUDADE, SEHNSUCHT, SORGE). Proponen también una síntesis de las dificultades y las diferencias (NADA, TIEMPO).” (p. XXXVII)

En la década de 1990, Cassin se planteó como proyecto un diccionario de filosofía para el año 2000, y en el año 2004 se publicó en Francia el *Vocabulaire européen des philosophies. Dictionnaire des intraduisibles*, resultado del trabajo de más de ciento cincuenta autores capaces de abordar distintas problemáticas, de distintos campos y lenguas. Las entradas están firmadas, por uno o varios autores. Y, además de cada entrada principal, en algunas hay recuadros que especifican conceptos, giros, usos, lazos, precisiones temporales, todos ellos también firmados por los que los elaboraron, del mismo modo que es posible saber quiénes hicieron las diferentes traducciones. Se llega entonces a “9 millones de caracteres, [donde se] compara en unas 400 entradas más de 4000 palabras, expresiones, giros, en una quincena de lenguas occidentales y americanas (las principales: hebreo, griego, árabe, latín, alemán, inglés, vasco, español, francés, italiano, noruego, portugués, ruso, sueco, ucraniano).” (p. XXXVII) Un *Vocabulaire/Dictionnaire*, sin dudas, muy francés y europeo, pero que no tuvo la vocación de ser exhaustivo en cuanto a autores o escuelas filosóficas, sino que apunta a aquello que resulta problemático en las diferencias entre las lenguas, algunas habladas y otras tan particulares y clave como el griego y el latín.

Una pluralidad de lenguas no se reduce a una variedad de formas de nombrar, sino que se trata de distintos nombres que provienen de perspectivas diferentes respecto a una cosa, por lo que finalmente derivan en diversas formas de moldear esa cosa haciendo que eso que se suponía una misma cosa, termine dando lugar a cosas heterogéneas. En la presentación del *Vocabulario/Diccionario*, Cassin planteó que “las perspectivas son constitutivas de la cosa, cada lengua es una visión del mundo que atrapa a otro mundo en su trama, que despliega un mundo, y el mundo compartido es menos un punto de partida que un principio regulador.” Estas puntualizaciones están en la base del proyecto de Cassin, quien también tomó afirmaciones de Friedrich Schleiermacher (1768-1834), teólogo y filólogo. Schleiermacher ya afirmaba en su tiempo que los sistemas de conceptos de cada lengua se unen y complementan, forman un todo que no se corresponde con el sistema de ninguna otra lengua, tal vez sólo con la excepción de Dios y Ser, el “primer sustantivo” y el “primer verbo”: “pues aún lo absolutamente universal, pese a encontrarse fuera del dominio de la particularidad, es esclarecido y matizado por la lengua.” (p. XXXI)

Cassin no partió de esas filosofías que buscan lo universal, y, por lo tanto, intentan elaborar conceptos definitivos e inconmensurables. Ella siguió la línea del esfuerzo para la comunicación entre las lenguas y las culturas, justamente donde se plantea la cuestión de cuánto puede haber de conmensurable entre las lenguas. Esto implica tomar las filosofías no solo en lo que dicen sino “tal cual se dicen a sí mismas”; cómo se habla, cómo se escribe y cómo se piensa tienen una estrecha relación entre sí. A partir de allí se puede destacar aquello que no es traducible: “¿entendemos por *mind* lo mismo que *Geist* o que *esprit*? ¿*pravda* es justicia o verdad? Y ¿qué ocurre cuando se traduce

mimesis por representación y no por imitación?” (p. XXIX) Explicitar que puede haber un campo común entre estos términos no permite afirmar que digan lo mismo, sino que ese campo común es el que hace evidente que en el pasaje de una lengua a otra hay síntomas, algo que no funciona.

La problemática de la homonimia (cómo una misma palabra se puede emplear para distintas cosas) y la polisemia (varios modos de nombrar algo en una misma lengua), sintomáticas en todas las lenguas y factores problemáticos para cualquier traducción, obligaron a un abordaje diacrónico y sincrónico de las lenguas. “La diacronía para reflexionar sobre los pasajes, las transferencias y bifurcaciones: del griego al latín, del latín antiguo al latín escolástico, luego al humanista, con los momentos de interacción con la tradición judía y la tradición árabe; de una lengua antigua a una vernácula; de una lengua vernácula a otra; de una tradición, de un sistema y de un idioma filosófico a otros; de un campo del saber y de una lógica disciplinaria a otros. Hallamos así la historia de los conceptos separando los giros, las fracturas y los operadores que determinan una ‘época’. La sincronía para constituir el estado de las cosas, evaluando la actualidad de los panoramas filosóficos nacionales; nos topamos con la irreductibilidad de los olvidos y las invenciones: apariciones sin equivalentes, intrusos, dobles, casilleros vacíos, falsos amigos, contrasentidos, que en una lengua son señal de la cristalización de temas y la especificación de una operación.” (p. XXX)

Si en los textos filosóficos, los términos no tienen el mismo sentido ni la misma aplicación, es porque aquello de lo que es capaz el pensamiento no necesariamente es capaz una lengua. La apuesta a alguna *lingua franca*, como en un tiempo fue el latín, y luego el francés, como ahora se nos ofrece el inglés, especie de lengua auxiliar, puede hacer pensar que es posible pasar las fronteras de los países y las lenguas sin tropezones. Sin embargo, en la actualidad, ese inglés globalizado (Cassin lo llama *globich*), necesario para el mercadeo, el turismo y la tecnocracia, no es el inglés que practican aquellos que se dedican a la filosofía en inglés, ni siquiera se reconocen en él. El proyecto de Cassin se opone fuertemente a esa idea de una lengua común, que casi todo el mundo hablaría, nueva versión del esperanto. La cuestión es cernir los conceptos filosóficos que cada una de las lenguas “europeas” u “occidentales” se ha visto en la necesidad de crear, y como tales, son propias de cada lengua. El *Vocabulario/Diccionario*, al establecer una lista de esos términos intraducibles, se constituye en una herramienta que permitiría otro modo de hacer. Y no sólo para la filosofía, porque para Cassin la traducción sería un paradigma para las ciencias humanas, si es que existe algo que se puede llamar así. Pero importa tomar nota de que todo su proyecto gira en torno a una definición: lo intraducible es eso que no deja de (no) traducirse. El (no) señala que, aunque no se llegue a una traducción, siempre se está en esa búsqueda, y es precisamente esa búsqueda que genera la riqueza de circular entre lenguas.

Ni son todos los que están ni están todos los que son

Desde que se publicó la primera versión del *Vocabulaire/Dictionnaire* se pusieron en marcha, en distintas lenguas, proyectos para su traducción. Este nuevo pasaje a otras lenguas, como no podía ser de otra manera, generó nuevos síntomas, puso en evidencia

DISGLOSIA: La oposición disglósica que caracteriza a la filosofía rusa, “es la coexistencia, dentro de una misma sociedad, de dos lenguas que poseen valores diferentes: se opone en ello al bilingüismo, donde las dos lenguas son del mismo nivel. El bien, la verdad, el saber, la acción, el tiempo, por ejemplo, se representan en forma de oposiciones organizadas conforme al modelo lingüístico de la disglosia. La semántica de esta oposición se sustenta en la representación de dos “mundos”, uno “bajo” y el otro “alto”, hasta el punto de que los conceptos correspondientes son vertidos por dos vocablos, uno que remite al mundo bajo y otro al mundo alto.” (p. 1366) De forma esquemática, se trata del mundo y la lengua eslava (importada por el cristianismo, lengua de la iglesia y la filosofía) y del mundo y la lengua rusa (popular y cotidiana). El ruso moderno es una lengua mixta, pero no deja de hacer jugar la disglosia, por ejemplo, en lo que se entiende por verdad, con dos palabras: *istina* (de origen eslavo) y *pravda* (de matriz rusa), ambas con aplicaciones distintas.

que, tratándose de traducciones, hay cuestiones que no funcionan. El título originario fue puesto en cuestión. En la versión estadounidense el título fue sólo *Dictionary of Untranslatables*. También en español el título fue diferente, no siguió literalmente el *Vocabulaire européen des philosophies* sino que se volvió *Vocabulario de las filosofías occidentales*, manteniendo el subtítulo. Otros síntomas fueron los agregados en las distintas lenguas. En inglés, se añadió un extenso recuadro bajo la firma de Judith Butler, “Gender and gender trouble” en la entrada “GENDER”. En la versión árabe se agregó la entrada “CHARIA” que tiene que ver con la ley divina o religiosa. En hebreo “EREV RAV”, que refiere a la mezcla, la masa no identificada. En portugués, en la versión publicada en Brasil, se anexó el término “INTRADUÇÃO”, un modo de entender la traducción y la creación poética. Y algunos de los agregados de las nuevas traducciones se introdujeron en las traducciones subsiguientes, de tal modo que en la versión en español tenemos

“INTRADUÇÃO”, “Gender and gender trouble”, “EREV RAV”. Esto lleva a plantearse ¿cómo es que se eligieron los términos de la versión original?, ¿quiénes fueron los que los eligieron? Asuntos que serían difícilmente discutibles, pero que hacen presente que puede haber distintas posiciones y modos de entender la problemática de la traductibilidad y la elección de los términos intraducibles. Pero también se podría decir que el *Vocabulario/Diccionario* es una obra en obra, cuestión que se demuestra en el ajuste de los términos de cada nueva versión. Una obra en obra es algo vivo, tanto para sus autores como para sus lectores. Pero, el síntoma más impactante en la traducción al español es la entrada “ESPAÑOL” en sí misma. Tanto en la presentación al español, firmada por Jaime Labastida, como en el “Modo de empleo”, o en entradas como “ESTI”, explícitamente se señala una característica de la lengua española que la diferencia del francés, del inglés, del alemán y de otras lenguas (salvo del portugués, donde al doblete *ser/estar* se agrega *ficar*): la doble vertiente *ser/estar*. Anunciada

repetidamente a lo largo del diccionario, en la entrada titulada “ESPAÑOL” no encontramos ninguna referencia a algo tan importante. Esto, que podría ser un descuido, se duplica como interrogante cuando en la versión originaria, el *Vocabulaire européen des philosophies. Dictionnaire des intraduisibles*, en la entrada “ESPAGNOL” redactada por el colombiano Alfonso Correa Mota, el asunto *ser/estar* tuvo un largo desarrollo, desde la “circun-stancia” de José Ortega y Gasset, pasando por el “estar siendo” de Xavier Zubiri, para culminar en la problemática del *ser* versus *estar* en la filosofía latinoamericana, donde aparece citado el filósofo argentino Rodolfo Kusch. La problemática de cómo traducir al español *to be, être, Sein*, que tiene como punto crítico el heideggeriano *Dasein*, es una ausencia impactante. *Dasein*, un término común de la lengua alemana que Heidegger lo transformó en un neologismo, incluso con sugerencias por parte del filósofo de una pronunciación particular. Lo que se nos presenta en esta versión del *Vocabulario/Diccionario* en la entrada “ESPAÑOL” no aporta nada para abordar el término *Dasein*, el paradigma de lo intraducible. ¿Cómo es que el doblete *ser/estar* fue dejado de lado?, ¿no se dieron cuenta la argentina María Prunes, coordinadora del equipo de traducción, ni el mexicano Jaime Labastida, coordinador del proyecto en español, ni los editores de Siglo XXI, de esa ausencia? No solo es una pérdida de algo que es estructuralmente clave y diferencial del español respecto de otras lenguas, sino también algo que el propio proyecto señaló como ejemplo paradigmático, y que por cierto el lector tendría todo el derecho a encontrarlo desarrollado en esas páginas. Sin embargo, brilla por su ausencia.

Si uno se dirige a la entrada “ESPAÑOL” para ver qué se nos ofrece en el *Vocabulario/Diccionario*, para enterarse qué pudo ser más importante que la cuestión *ser/estar*, se encuentra con la palabra *glotopolítica*. La *glotopolítica* que sustituyó aquella cuestión de la lengua española, es una rama de la sociolingüística, cuya invención data del año 1986. Los españoles Vitor Meirinho y José del Valle², firmantes de la entrada “ESPAÑOL”, en la versión en español del *Vocabulario/Diccionario*, la titularon “‘ESPAÑOL’ Y ‘CASTELLANO’” (pp. 481-488). Escribieron varias páginas dedicadas al surgimiento del castellano a partir del choque entre el vasco y el latín, recordaron que fueron avatares políticos los que hicieron que una lengua, el “romance castellano”, dado que era la lengua que se cultivaba en la corte de Castilla, se transformara en la lengua del imperio español. La oportunidad del neologismo “español”, tuvo estrecha relación con la unificación de una serie de reinos bajo un solo reinado. A lo largo de la historia se mantuvo la tensión entre “español” y “castellano”, se ha recurrido a ella desde distintas posiciones, como reivindicación, como forma de marcar diferencias, pero se vuelve llamativo que este haya sido el punto desarrollado en un diccionario de intraducibles. Como cierre de la *glotopolítica*, las reflexiones bajo la consigna que la “lengua sea riqueza” (otra de las tantas curiosidades es que esa expresión es la traducción del inglés de la expresión “*languaje is money*”) son las más llamativas. ¿Qué cambios implicaría que la propaganda o la “industria cultural” se hicieran en catalán y no en español? Evidentemente tendría consecuencias económicas, pero... el último párrafo de estos autores comienza de este modo: “Millones de personas usan en la vida cotidiana ‘castellano’ y ‘español’. Las palabras, queremos decir. Porque

² La firma conjunta de estos dos autores aparece en artículos como “Ideologías lingüísticas”, en una *Enciclopedia de lingüística hispánica* y otros artículos académicos.

en realidad lo que hablan es lo mismo. ¿O será que no lo es?” (p. 487). Sin duda que la pregunta, irónica, puede ser una vía de investigación *glotopolítica*, pero, si comenzamos por el principio, toda la entrada tiene como título “español”, y no “castellano”, lo que muestra el peso de una palabra en relación a la otra. Para muchos la reivindicación del castellano puede sonar como un pasatiempo, parecido al de la letra “ñ”. ¿Acaso le iría la vida a la lengua española el conservar la letra “ñ”? En esta famosa letra, con su virgulilla, una “n” aplastada, que indica que antes se trataba de una doble n, “nn”, y que debe sonar nasal. Casi podría decirse que es un asunto que comparte la lengua alemana con la **ß**, llamada *Eszett*, que es una “sz” o una doble “ss”, y que también se escribe en esa doble grafía, “ss”, sin que por ello la lengua alemana corra peligro de extinción. Es más, el alemán que se practica en Suiza prescinde de la *Eszett*. Quedarse en la reivindicación de la “ñ” o en el origen castellano de la lengua española terminó escamoteando cuestiones más esenciales para este *Vocabulario/Diccionario*. Alguno puede llegar a pensar que Meirinho y del Valle no se dedicaran a las particularidades de la lengua española anunciadas por este *Vocabulario/Diccionario* porque su objetivo respondía más a la instalación de un chiringuito para vender su producto llamado *glotopolítica*, pero a la postre, “castellano” termina siendo el nombre de un grueso síntoma del *Vocabulario/Diccionario*.

Lo más interesante respecto a las particularidades de la lengua española está en la presentación de Labastida. El dicho “ni son todos los que están ni están todos los que son” es una forma de mostrar ese doblete *ser/estar*. Del mismo modo que no es lo mismo estar enfermo que ser enfermo. En el ser está la esencia, lo permanente, mientras que en el estar se trata de lo transitorio, lo accidental. También el doblete *haber/tener* es de interés en el español. Pero, sobre todo, Labastida señaló que uno de los grandes problemas de la lengua española fue que, hasta el siglo XX, no existió casi filosofía en lengua española. A diferencia de los protestantes, quienes practicaron la lectura de la *Biblia* en sus lenguas vernáculas, la Contrarreforma en España se aferró de tal modo al latín que impidió la realización de filosofía en lengua española; solo le quedó desarrollarse en la literatura. Lo curioso es que ese sometimiento de la lengua al poder religioso iba de la mano con que el español fuera una lengua de conquista, y con tal empeño, que la amplia mayoría de los hispanohablantes habitan fuera de España. Tal vez no exista ninguna otra lengua en la que se haya acuñado un dicho como “la letra con sangre entra”. Pero a pesar de que esta lengua fue una lengua de conquista, y cuya Real Academia Española se ha sostenido en la consigna “Limpia, fija y da esplendor”, ha sido atravesada en todo su poderío y su pureza por otras lenguas para formar variantes como el spanglish, el portuñol o el lunfardo.

Aquí, precisamente, viene a ocupar su lugar el término intraducción inventado en 1974 por Augusto de Campos, poeta, traductor y ensayista. Motivado en la poesía concreta, la traducción de la poesía también se plantea los mismos problemas que en la filosofía. La inestable cartografía de los intraducibles filosóficos tiene su primer síntoma en el pasaje de lenguas, donde el prefijo “in” de intraducible lo que muestra la negatividad, la resistencia a la traducción. Pero la colección de síntomas no impide que se siga traduciendo, o, al menos, intentándolo. Los intraducibles también revelan el pasaje de una orilla a la otra, lo que queda expresado en el prefijo “intra” de intra-ducible. Aunque ese viaje de traducción no se concluya, se está dentro de ese viaje, “intra”. Se está siempre entre, entrelenguas. Como intraductores asumidos, Augusto y Haroldo de

Campos formaron una práctica de transmisión y apropiación basada en el Modernismo Antropofágico: “El antropófago traga y deglute al extranjero en un ritual festivo y metaboliza la pluralidad y la diversidad en su organismo como una expresión no erudita, sino neológica y natural...” (p. 763)

Un último síntoma acecha a medida en que el lector se interna en la lectura. La mayoría de las entradas provienen del *Vocabulaire/Dictionnaire* y fueron traducidas del francés al español. A excepción de los textos originales citados desde las traducciones conocidas en español, este diccionario de intraducibles está construido sobre la intraducibilidad del francés al español, que multiplica la traductibilidad del resto de las lenguas al francés. Para no quedar atrapados en un etnocentrismo lingüístico-cultural francés debería haberse hecho todo desde el principio, desde cada lengua al español, algo que sería sumamente difícil, ciertamente, pero de otro modo se pasa por encima de una infinidad de particularidades. Labastida señaló en su presentación que se trataba de una adaptación más que de una traducción. La cuestión es, si el lector debe adaptarse a este síntoma, por lo menos, debe estar advertido.

En Ciudad de México, en el Bosque de Chapultepec, en el Castillo de Chapultepec, actualmente Museo Nacional de Historia, hay una enorme puerta de doble hoja tallada en malaquita. En 1851, el zar Nicolás envió esas puertas de malaquita a la Gran Exposición Universal de Londres. Tiempo después, Porfirio Díaz, presidente de México, las compró para engalanar un salón del Palacio Nacional. Las puertas nunca fueron instaladas y hoy se exhiben como un extraordinario objeto artístico. Tal vez no fue posible encontrar un lugar en el Palacio Nacional donde colocarlas, tampoco hubo un edificio adecuado a la magnificencia de esas puertas de mineral, y, la única opción hubiera sido construir un edificio para esas puertas, algo demasiado alocado, comenzar una construcción a partir de una puerta. Una dualidad parecida es con la que se encuentra el lector en español del *Vocabulario/Diccionario*. ¿Dónde colocar este artefacto?, ¿acaso pueden obviarse las dificultades del pasaje del francés al español? No, este *Vocabulario/Diccionario* no es una puerta que pueda situarse tan fácilmente en la lengua española, pero tampoco sería del caso construir una edificación apropiada a esta puerta. Y quedarse en la contemplación de una obra maravillosa construida en un país lejano, y con la lógica de otra lengua, sería desaprovechar el hecho de que, al cruzar el umbral de esa puerta, no sólo para la filosofía, sino también para las llamadas ciencias humanas o la propia literatura, puede proveer de herramientas de interés, mostrar algunos sesgos de las coacciones que impone cada lengua, incluso, saber del saber que porta cada lengua, y, que hay un filosofar en lenguas, para, finalmente, caer en la cuenta que transcurrimos entrelenguas.